

Cárdenas mira a Cárdenas a distancia

Salvador Rueda Smithers*

*Sabio y caprichoso como el viento,
el tiempo parece que no sabe lo que hace y,
no obstante, pocas veces se equivoca.*

Octavio Paz

Cuauhtémoc Cárdenas, *Cárdenas por Cárdenas*, México, Debate, 2016, 766 pp.

1) En su esclarecedor libro *La naturaleza de la biografía*, Robert Gittings decía que además de atender al estudio de la época de la vida de su personaje, “el biógrafo está obligado a reconocer [...] que muchas personas no viven en esencia el tiempo histórico que cubren sus vidas. Es frecuente que vayan detrás de él en términos históricos o [...] delante de él [...] porque tanto los hombres como las mujeres sólo parcial y acaso tangencialmente viven en el tiempo y en el lugar que parecen habitar físicamente. Toda biografía [...] es de hecho un comentario sobre el espíritu humano mismo”. Es posible que esta característica pueda ser aplicada tanto al personaje delineado literariamente bajo las reglas del género

biográfico, como al escritor y aun al libro mismo. Explicarlos implica salirse del tiempo del calendario para seguir sus genealogías más amplias. No hay error: el tiempo pocas veces se equivoca.

2) Comencemos por la filiación remota de este libro que lleva el título de *Cárdenas por Cárdenas*. En la base de la inquietud de Cuauhtémoc Cárdenas para escribir sobre su padre, creo yo que descansa un hecho incontrastable: tan cercana le es la enorme figura política que cubrió dos tercios del siglo xx y cuyo nombre cimbra todavía conciencias muy diversas, que tomar distancia y perspectiva se volvió una necesidad íntima e inevitable. Buscar explicaciones para devolverle su proporción humana resuelve parte del enigma de la fuerza de esa personalidad y de su peso simbólico en la historia y en la memoria mexicanas, pero también le permite entender y explicar a sus lectores que la grandeza de su padre es humana, profundamente humana. Mirar al hombre extraordinario, ordenar los hechos de su vida.

Para empezar, comprender que es, como todos lo somos, incalculable. Para eso escribir un libro que sirva de guía a otros estudios. Tal fue el propósito de Cuauhtémoc Cárdenas.

La idea moderna de la estatura de los hombres extraordinarios, por supuesto, tiene genealogía. Sus raíces, sin embargo, se hunden en el siglo xix. En los años en que México ensayaba su primer liberalismo y era invadido por Estados Unidos, dos pensadores opuestos buscaban el perfil de los hombres destacados. Por un lado, en 1833 Thomas Carlyle delineó a los héroes como hombres fuertes y separados de la mayoría común. Por el otro, en 1847 Ralph Waldo Emerson los entendió como el desarrollo singular de las características genéricas de todo hombre. Un siglo después, cuando en México se debatía el modelo de revolución y su función social, ambos pensamientos, tamizados y nutridos por otros, daban al mundo sus excéntricos frutos desdoblados en ideologías: el fascismo y el nazismo tendrían como raíz a Carlyle;

* Museo Nacional de Historia Castillo de Chapultepec, inah.

el desenvolvimiento del hombre integral en su particularidad, tendría a Emerson. Un asunto más alejaba a ambos: para Carlyle la brutalidad y la depredación podrían ser una virtud. En cambio, en 1847, Emerson se planteó la cuestión de la capacidad de reunir y extremar las posibilidades que en realidad tiene todo hombre. Admiraba a aquellos que, héroes espléndidos, descifraban sus vidas y se entregaban a las tareas que enriquecían a la humanidad como género. Sin embargo, aun esos seres extraordinarios tienen límites: los establece la misma historia, son mesurables, se ubican en el tiempo y el espacio. Pero como él mismo, eran capaces de ser felices.

A Lázaro Cárdenas, como al resto del mundo, le tocó lidiar con los efectos de esa concepción del hombre extraordinario como dirigente. Escogió alejarse del ejercicio de la ley del más fuerte de Carlyle, para aproximarse a la del apego al derecho como propósito del gobierno. Siendo presidente, Cárdenas habría escrito que “los hombres, por superiores y eminentes que se les reconozca, no deben ser más que el vehículo de ejecución de los ideales de los pueblos”, frase que acaso afirmaría Emerson. Y esta línea es la que siguió Cuauhtémoc Cárdenas para armar la biografía: describir la vida de un hombre que escoge ser justo y ser feliz.

3) ¿Qué escribir? Afirmaba Jorge Luis Borges que todo hombre digno de memoria “corre el albur de ser amonedado en anécdotas”. En otras palabras, que la complejidad y largueza de una vida termina siendo pasto del olvido, quedando

tan sólo algunos momentos aislados, desarticulados, como la marca que dibuja el perfil integral de una persona. Apenas unos instantes vitales describen caracteres profundos. Este libro, con el sello editorial Debate, del prestigioso grupo Penguin Random House, conjura esa amenaza: sin intentar ser totalizador, escribe un texto prolijo, de casi 700 páginas, un útil índice onomástico y 58 fotografías, que da cuenta sintética de una vida nada común. Una abreviatura: no podía ser de otro modo sino de un apretado resumen de miles de días documentados, de millares de imágenes, de otros tantos testimonios. Tan grande es la cantidad de fuentes a la mano, que se corría el riesgo de aventurar una obra caótica o, peor aún, de aprobar el juicio filial bajo el disfraz de ser un estudio objetivo. Afortunadamente no fue así; esta biografía tiene un signo: es, sin decirlo expresamente, la escritura de una vida entregada a la política como actividad de servicio a los demás. Biografía política, sin duda, salpicada apenas con algunos rasgos de su vida familiar. La empresa ha sido muy difícil: decenas de historiadores hemos procurado cubrir alguno de sus episodios, con jirones de memorias o con la superabundancia de documentos escritos. Dura labor, pues es posible que se trate del hombre cuyas decisiones —derivadas de la experiencia política como revolucionario militante y luego como político confiable— hayan dibujado los rasgos del México equilibrado por las generaciones de la primera mitad del siglo xx.

Inscrito en el género biográfico, sin pretensiones estéticas ni

inclinado a los terrenos de la interpretación política ni de la conjetura, sin buscar la justificación ni la polémica, el propósito es más didáctico: Cuauhtémoc Cárdenas ordena, en beneficio de los lectores, lo mucho que a lo largo de 70 años se ha estudiado y opinado sobre el hombre y su obra. Sus fuentes son variadas, pero es legítimo que ensayara una suerte de diálogo interno, teniendo como guía lo pensado por su padre Lázaro Cárdenas a través de sus propios escritos autobiográficos —sus imprescindibles *Apuntes*, émulos de los de Benito Juárez—, de su correspondencia particular, de las recopilaciones de documentos públicos y privados, de los archivos oficiales y los de historia oral, además de todas las muy abundantes fuentes gráficas. Las referencias más numerosas, sin embargo, son los estudios ajenos, las voces de los especialistas. Con todo, esta abundancia se ha centrado en pocas vetas de rica reflexión: la del mineral político. No como análisis sino como descripción, como aproximación a los datos duros, sin dejar escapar la idea de que la historia no es sino parte de eso que llamamos vida. Lo que este libro propone es un recuento, a veces profundo y otras un poco más que insinuado, del acontecer diario y su impacto en una sola vida, lo mismo que las decisiones de un grupo pequeño de hombres —aún de un solo hombre— definiendo los destinos de toda una nación.

A lo largo de 25 capítulos, este libro es una carta de navegación por la complicada ruta de una vida con pocos momentos de ocio, cuya estructura se ensambló de la cifra

de memorias, testimonios y puntos de vista. Pero tal vez lo más interesante es la mano del biógrafo Cárdenas —en oficio de demiurgo que está obligado a dar aliento vital y proporción humana a un personaje nada ordinario, al tiempo de que rehúye erigirse en juez para escapar tanto de los tonos épicos como de la descalificación—. Y es que el biógrafo, sentenció Robert Gittings, es un artista bajo juramento. No puede permitirse que la pasión y la imaginación desborden; debe, ciertamente, moverse entre aquello que sucedió, lo que se cree que sucedió, lo que quisiera que hubiese sucedido y lo que los lectores esperamos de la obra terminada. Esto es, para robar la frase a Vicente Quirarte, trabajar sobre el peso simbólico de hombre e historia.

Templado en su punto de vista y sin el peso de la construcción literaria sobre sus hombros, Cuauhtémoc Cárdenas no se permitió el uso de adjetivos que cargarán la simple descripción puntual: la suya no es una apología sino el dibujo posible de un hombre en constante movimiento, en el entorno de un país que salía de la pura ruralidad y que se construía en el contexto del violento mundo de fascismos, comunismos y deprecación imperialista.

4) Cárdenas mira a Cárdenas a distancia. La distancia del tiempo y la del respeto debido al padre. Apenas se permite algún acercamiento personal, a manera de testigo silencioso, sin aceptar que el recuerdo se aparte de la admiración y del amor filial para volverse desgarradura. En los capítulos

de la biografía política que pudieron atestiguar Amalia Solórzano o el mismo Cuauhtémoc Cárdenas, una glosa puntual, una pregunta, incluso alguna sorpresa que desvelaron sentimientos encontrados, depresiones o estallidos de enojo o tristeza, que devuelven al lector al mundo real. Tal, por ejemplo, cuando buscó el matrimonio con Amalia Solórzano; tal, cuando la muerte del rebelde Saturnino Cedillo —la única vez que se recuerda que lanzara imprecaciones—; tal, cuando debía regresar a las obligaciones militares y al servicio de la vida civil —cuando se acuñó el mote de “la esfinge de Jiquilpan”, para jugar con el doble valor de personalidad enigmática y de ser voz sabia y profética—. Vale insistir. Se trata de una aproximación, por supuesto. Pero tiene a su favor que su guía escuchó, atestiguó, guardó en la memoria sin la intención de escribir algún día, los movimientos de un hombre en quien buena parte de los mexicanos habían depositado su confianza.

5) ¿Por qué una biografía de uno de los protagonistas de la historia reciente más mencionados y biografiados?, ¿es una biografía más? Por supuesto, la respuesta cifra su estatura humana en relación con los difíciles hechos que poblaron su vida y le dieron su apellido a una época. En este sentido, Cárdenas, como todos nosotros, es un ser incalculable; pero a diferencia de la mayoría de nosotros, tuvo la responsabilidad y la fuerza para levantar un Estado de instituciones, defender la soberanía y no dudar de sus resoluciones. Pero

el libro, me atrevo a pensar, no es una pieza más del género destinada a sumarse al resto de la extensa bibliografía del cardenismo. El autor lo menciona en su propósito de principio: “[...] seguía faltando un trabajo en el que se resumiera y reuniera su diario proceder, hasta donde esto fuera posible”. No es, en fin, una obra que dé por terminado el estudio del hombre ni de la época constructora del Estado mexicano que atravesó tres generaciones hasta el final del siglo xx.

Cuauhtémoc Cárdenas avisa al lector:

[...] la vida de Lázaro Cárdenas había sido no sólo la que pública y formalmente en lo general se reconoce: una vida de servicio a México, a las causas de la soberanía nacional, las reivindicaciones agrarias y de los pueblos indígenas, la autodeterminación, la equidad y el progreso, a un internacionalismo justo y fraterno, todo ello en el marco de los principios avanzados de la Revolución mexicana, sino que fue también una vida de enseñanzas en cuanto a cómo conducirse en todo momento y circunstancia con apego a principios, a cómo hacer política, cómo hacerla dentro y fuera del poder, cómo comportarse frente a débiles y poderosos, manteniéndose siempre congruente respecto a lo que sostiene públicamente. Confirmé, además, que aportó una gran riqueza ideológica sobre la que bien pudiera llamarse la doctrina avanzada de la Revolución mexicana, tanto en sus anotaciones personales como en

discursos y declaraciones públicas, que me afirman en pensar que en todo ello se encuentran planteamientos no sólo para su época, sino también fundamentales para las luchas emancipadoras (pp. 12-13).

6) El recorrido de la construcción es básicamente cronológico tan sólo por favorecer la lectura. Podría partir de cualquiera de los capítulos y articularse con el resto de la historia de vida. Comienza con el rincón de Michoacán porfirico y con Cárdenas niño, con los avatares de la infancia provincial siempre pesados: la magra pero decisiva educación liberal en el Jiquilpan que fue su naturaleza primera, la orfandad, las responsabilidades tempranas, los recuerdos como fuente primaria. Desfilan las historias de los héroes patrios, alguna mala experiencia con un cura regañón y majadero, en un pueblo orgulloso de su liberalismo y alejado de la influencia clerical en la rutina cotidiana..., pero nada distinto a las vidas de centenares de niños que le eran contemporáneos en la región. Es decir, ningún signo épico premonitorio o que prefigurara, a manera de los mitos y las leyendas, el destino. Tampoco, por fortuna, adelanta nada el biógrafo Cárdenas. Tan sólo una enigmática nota juvenil —cuando tenía 17 años— que se volvería emblema de su destino, a pesar de que el mismo Cárdenas no lo señaló nunca más; escribió hacia 1912: “Creo que para algo nací”, escribió junto al relato de “un sueño en el que libertaba a la patria de un yugo que la oprimía... ¿De dónde pues logro

esta fama que tanto sueño?” (pp. 35-36). Desconocido yugo, por cierto, en la letra de un hombre que dos décadas más tarde se desdoblaba en un político constructor y pragmático, alejado de toda ensañación. Las circunstancias lo llevaron a incorporarse a las filas constitucionalistas en 1913. Perseguido por los huertistas cuando era responsable de una pequeña imprenta y por haber impreso un manifiesto revolucionario. El azar, no la convicción, abrió la puerta que lo expulsaría de Jiquilpan y que lo lanzaría al futuro. Primero como escribiente y luego como disciplinado militar en los frentes de batalla contra huertistas, convencionistas, villistas, ejércitos bandoleros (como el de José Inés Chávez García) y revolucionarios desleales. El relato avanza rápidamente por la geografía de la revolución en Michoacán —que fue la misma de la insurgencia un siglo atrás—, por donde se movilizó. Este hombre extraordinario era un muchacho común; y este muchacho común y esforzado, a la mitad de su vida, afirmaría las instituciones de un Estado mexicano fuerte. El estallido revolucionario llegó como noticia y se volvió tópico del día de 1911 a 1913; la militancia sería encauzada por la extensa longitud de la guerra desde entonces hasta el final de la cristiada en 1929.

La relación de hechos como revolucionario se construye en la medida en que las fuentes cercanas al soldado Cárdenas se ofrecen al biógrafo. No hay digresiones —por más que a veces los lectores esperásemos un guiño—; por ejemplo, el de la sombra del temible Francisco Cárdenas, el jefe rural

asesino de Madero y oriundo de La Palma, en Sahuayo; o alguna posible explicación de la cercanía ideológica del joven rebelde con su jefe regional, el general Guillermo García Aragón, maderista de primera hora y compadre de Zapata, de quien se distanció después de la firma del Plan de Ayala pero que tenía una profunda vocación agrarista, lo que no impidió que durante el convencionismo fuera fusilado por sus excompañeros en uno de los episodios más negros y reprobables de la historia de los revolucionarios. Ello no impidió tampoco a Cárdenas registrar la muerte del caudillo del sur con un calificativo que prefiguraba sus inclinaciones agraristas posteriores y su adhesión al grupo sonoreño: Zapata cayó a traición a manos de gente de la división de Pablo González. De cualquier manera, las inconsistencias ideológicas de los villistas y zapatistas hicieron que muchos simpatizantes del convencionismo —entre ellos el oficial Cárdenas— volvieran a las filas de un constitucionalismo que ofrecía lo máspreciado entonces: el regreso al orden constitucional. De ahí también la cercanía definitiva con Francisco José Múgica, a quien apoyó como político y como militar.

7) Los capítulos 4 al 9 tratan a un México distinto, el de la posrevolución. Es el escenario de un Lázaro Cárdenas pundonoroso como militar, aprendiz de la política. Llama la atención que su carácter era ajeno a las angustias del cumplimiento de responsabilidades en terrenos desconocidos —como los de la administración de las jefaturas militares estatales—. Luego

de leer el libro es posible adivinar la razón: la seguridad en sí mismo venía del sentido del orden; también del de la justicia.

Fueron, de cualquier manera, tiempos difíciles. En 1926, la República se jugó su ser revolucionario. En la mesa estaba la disyuntiva de obedecer el mandato constitucional o volverlo letra inútil y voz muerta. El riesgo nació de la práctica legal de la Constitución. El presidente Calles optó por ejercer el poder bajo el orden constitucional. El Congreso aprobó la Ley Reglamentaria de diversos artículos constitucionales. Ello trajo reacciones rudas. Por un lado, en 1926 se rompió el frágil hilo que comunicaba al Estado con la Iglesia católica; por el otro, los socios y dueños extranjeros de las 22 más grandes compañías petroleras se manifestaron en contra. En ambos casos, Iglesia y compañías petroleras se negaron a acatar la ley. Un boicot, prensa interesada y amañada, junto con las afectaciones agrarias a los extranjeros poseedores de terrenos en lugares no permitidos o los que incumplieron contratos de colonización, desestabilizaron políticamente al gobierno del presidente Calles. No se resolvió ninguno de estos puntos, con los tropiezos, desconsideraciones y reconsideraciones llevadas cautelosamente por los gobiernos mexicanos con sus homólogos de Estados Unidos y Europa, sino hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

La desestabilización era el instrumento más socorrido por embajadores y ministros de Relaciones Exteriores. No faltó la diatriba y la prepotencia —documentada en

el libro—, a manera de ejemplos, al leerse los pasajes relacionados con la expropiación petrolera y la terminación de las concesiones de uso de tierras y ríos por parte de compañías extranjeras. El relato de Cuauhtémoc Cárdenas delinea el intenso remolino que durante el gobierno de Calles involucró al ejército y a los negociadores civiles en la resolución puntual (y hasta donde era permisible y pacífica) de estos asuntos. En todos ellos participó Lázaro Cárdenas: debieron ser muy contados los días apacibles. Cuando no se trataba de traslados por orden de la Secretaría de Guerra para tareas de pacificación en las zonas cristeras o en la Huasteca, eran comisiones especiales o los trabajos como gobernador de Michoacán. No sobra decir que esas mismas inquietudes ocupaban a varias embajadas, sobre todo a la norteamericana. Eran los tiempos de la diplomacia secreta como “peste moderna”, de la que se quejó Stefan Zweig. Cárdenas atestiguó, escuchó, obedeció a su superior jerárquico, anudó relaciones... y aprendió de alta política tanto como de la polivalente e inestable condición humana.

Muy interesante resulta la información confidencial sobre una eventual invasión norteamericana y la amenaza mexicana de incendiar los pozos petroleros, que llegó a manos del presidente Calles entre finales de 1926 y comienzos de 1927; y aunque no inédita sí es útil para encaminar al lector hacia la explosión política que significó el problema laboral en los campos petroleros la década siguiente, la desconsiderada política de los gobiernos en los que flotaba el espectro coloni-

zador y, nueve años más tarde, la crucial decisión del presidente Cárdenas en marzo de 1938, que perfiló el ejercicio del artículo 27 constitucional y la entrañable idea de soberanía nacional. Sobra decir que la actitud oficial de Calles ganó tiempo, sin resolver lo que el derecho mexicano señalaba.

Cárdenas entró de lleno a la vida de la llamada “alta política”. Sólo que no heredó las animadversiones que cargó en sus hombros el presidente Calles. Por ejemplo, su tolerancia a las actividades de la Iglesia, siempre que no salieran de los cauces legales, le hizo tener el apoyo de no pocos sacerdotes y monjas. Una anécdota relatada por Amalia Solórzano, transcrita con oportunidad en este libro, da cuenta de la empatía —una de las bandas presidenciales que usó ya en el poder fue bordada por hábiles manos de religiosas—. Es posible sumar una más, que no viene en este libro: al morir el general Cárdenas, el anciano jefe de los cristeros de San José de Gracia, Anatolio Partida, lloró; al preguntarle por qué lamentaba la muerte de alguien que era del grupo que los combatió, el general Partida expresó: “Sí, pero vean qué hombre...”.

El relato de Cuauhtémoc Cárdenas deja claro que el general caminó de sorpresa en sorpresa en estos años. No imaginó el tamaño del mundo que le faltaba recorrer. Después de la desafortunada participación en la batalla contra los delahuertistas en 1924 en la que salió herido, su carrera militar se aparejó a la administrativa. Ambas, sumadas, trazaron la ruta política. El día que tomó posesión de la guber-

natura michoacana, el general Álvaro Obregón fue asesinado.

8) Julio de 1928 a noviembre de 1940. Si yo pudiera calificar estos 12 años de vida de Cárdenas en relación con los sucesos nacionales, usaría la palabra “vértigo”. Pues vertiginoso fue el movimiento político al que perteneció y aportó su fibra. Quedan explicadas las articulaciones que hicieron a las organizaciones políticas populares michoacanas como la base de su fuerza; aparecen las ligas agrarias y la Coalición de Partidos Socialistas Michoacanos, pero sobre todo la muy importante Confederación Michoacana del Trabajo, que agrupaba varios miles de sindicatos rurales y urbanos. La clave de la eficacia política del general Cárdenas no radicó en su astucia sino en la fuerza que daba a la palabra empeñada: cumplir con sus promesas ante las organizaciones que lo sostenían en cuanto a mejora de las condiciones laborales, de la educación y del reparto agrario. Palabra empeñada: el valor moral de esta conducta explicará, capítulos más adelante, en 1938, el fondo del breve pero determinante diálogo en el Palacio Nacional, del presidente Cárdenas con los empresarios petroleros extranjeros.

La rueda de la fortuna de la política se movió intempestivamente. Podría decirse que el ejercicio rutinario fue el “cainismo”, el de la persecución y muerte política —o real— del compañero de al lado y de las organizaciones que no eran afectas a uno u otro grupo político. Así, por ejemplo, aceptó la polémica con Luis Cabrera y expresó que la Revolución era un fenómeno

no mucho más profundo y transformador que el simple “accidente armado que en distintos momentos ha hecho conmover a la República” (p. 206). En esos mismos años, el ensanchamiento del poder que rodeó al general Calles fue rápido y contundente; a su sombra, Cárdenas fue un operador eficaz. Pero, paradójicamente, el precario equilibrio entre los grupos políticos regionales estrechó los márgenes de maniobra del Jefe Máximo. El choque entre el presidente y el hombre fuerte sería inevitable; el capítulo 13 da cuenta pormenorizada de este duro proceso que en 1935 confrontaría —como sucedió en varios episodios de su vida— la justicia con la amistad. El exilio de Calles fortaleció la investidura presidencial y la figura del presidente Cárdenas. Su actitud en esos duros trances fue siempre la misma: leamos, si no, 1935 con el general Calles, así como los capítulos 20 y 22, que tratan las sucesiones presidenciales de 1940 con Múgica y de 1952 con Henríquez Guzmán... Cuauhtémoc Cárdenas evitó involucrar sus propios juicios y dejó que fueran los testimonios, parcos como acostumbraba hacerlos, del mismo general. Saber su opinión personal, sin duda, habría dado sazón a la narración, pero también le habría restado exactitud histórica a la biografía. Fue cuestión de escoger...

Muchos temas se tocan en estos capítulos, desde la campaña de 1934 por la Presidencia de la República. Entre otros, la declaratoria de leyes de expropiación por causa de utilidad pública; los casos de las haciendas de Guaracha y de Nueva Italia y Lombardía entre

1928 y 1931; la reelección y asesinato de Álvaro Obregón; el fortalecimiento del poder en manos del general Calles; el final de la guerra cristera y los arreglos firmados entre la Iglesia y el gobierno de Emilio Portes Gil; la animadversión del gobierno federal a las prácticas agraristas en Michoacán y en el planteamiento del Plan Sexenal; el respeto al legado histórico purépecha desde el ensayo de Tata Vasco, por un lado, y al cierre de llagas abiertas con el indigenismo, por el otro. Ya entonces, y hasta el final de sus días, Lázaro Cárdenas procuró cerrar capítulos inconclusos de la historia nacional para abrir al futuro otras maneras de ser y de relacionarse. El derecho al trabajo, la reforma agraria, el fomento a la educación, el equilibrio entre el capital y los obreros, la lucha contra las adicciones, el fomento a la producción, el apego irrestricto a la Constitución y la dignidad propia serían sus ocupaciones cotidianas. Lo que entendía por Estado en 1933 daba cuenta de lo que sería su tarea: “[...] el Estado es un agente activo de gestión y ordenación de los fenómenos vitales del país; no un mero custodio de la integridad nacional, de la paz y el orden público [...]”. Ello se proyectaría, sin sorpresas, en su conducta como presidente de la república y aún después, como se prueba en la narración de los capítulos finales en torno a la soberanía nacional, la defensa de los presos políticos y su postura ante los sucesos superiores.

Vale adelantar al lector que Cuauhtémoc Cárdenas da peso especial a la opinión pública y al juego de rumores junto con noti-

cias concretas tanto de los mentideros políticos como de programas puntuales, como aquél en que planteó los criterios para el asunto obrero. No dejó de lado la enorme cantidad de problemas que diariamente afrontó y resolvió personalmente, como los maestros desorejados, los resabios de la rebeldía cristera y los infaltables brotes cuarteros casi siempre como reacción a problemas locales.

9) Lázaro Cárdenas no soñó a un México socialista. No soñó al cardenismo. En una razonable auto-crítica, Adolfo Gilly explicó que se cuidaría de calificar al cardenismo como una utopía. Porque le faltaba un ingrediente: las utopías primero se sueñan... Cárdenas no soñó: practicó lo que hizo público en el Plan Sexenal. Pragmatismo político que tocó muchos intereses para distribuir las herramientas de producción a campesinos e indígenas, y ser el fiel de la balanza de la relación entre los trabajadores y las empresas. No fue, como los utopistas, un sonámbulo. Su límite fue, como en otros lados del mundo, la paradoja de la historia: los hechos derrotan a las ideas. En este caso, la frontera del Estado cardenista sería la realidad política mexicana. En su autobiográfico *El río*, Luis Cardoza y Aragón escribió que el “afán renovador del presidente Lázaro Cárdenas confirmaba su solidez con actos reales nobilísimos”. No soñó porque da la impresión de que no dormía. Como presidente de la república no descuidó ningún flanco. Recorrió hasta el ángulo más agudo de la geografía nacional con el fin de

resolver los problemas de los más indefensos o de las víctimas de las injusticias.

No haré referencia a los asuntos más conocidos del florecimiento cardenista y del llamado “renacimiento mexicano”. Baste decir que Cuauhtémoc Cárdenas dedicó seis capítulos y cerca de 125 páginas del libro para reseñar la compleja obra de seis años del gobierno de Lázaro Cárdenas. No pocos nudos gordianos fueron desatados con prudencia y paciencia; ninguno, o casi ninguno, cortados a la manera de la leyenda alejandrina: en este caso sí costaba más cortar que desatar. Con demasiada recurrencia se ponía en tela de juicio la aplicación de los artículos 3º, 27, 123 y 130, y en cualquier caso, Cárdenas optó por la solución que beneficiara a los más. El lector juzgará; yo quedé sin aliento al leer el abanico abierto de asuntos, problemas, proyectos, programas y el estilo personal de llevarlos a cuentas con optimismo y sin descanso. También queda en mi ánimo una lección: la estatura del estadista se mide con el rasero de la justicia, en este caso de la justicia social. Con rapidez vertiginosa se lee sobre su presencia ante los henequeneros yucatecos en sus giras que duraban semanas: del valle del Yaqui al diálogo con los jornaleros de La Laguna; de escuchar a los peones de las viejas haciendas a recibir a los obreros de las petroleras; de preocuparse por las movilizaciones y huelgas —centenares cada año— que pretendían desestabilizar su gobierno a la búsqueda de salidas en lo posible honorables para los desafectos milita-

res o a la fundación de escuelas para hijos del ejército —entendido éste como un cuerpo de ciudadanos armados y no como casta—; de la presión de la prensa y de las agrupaciones conservadoras a la confrontación con los extremismos a la derecha y a la izquierda. El libro relata igualmente la mucho más satisfactoria constitución de instituciones que impulsarían los derechos humanos, los derechos igualitarios de las mujeres, la promoción de universidades y la fundación del Politécnico, la creación del aparato para resguardo del patrimonio histórico, arqueológico y antropológico, y la creación del Museo Nacional de Historia al abrir al pueblo de México el hasta entonces vedado Castillo de Chapultepec. Campañas, comisiones, tareas, instrucciones que convocaban e involucraban a maestros y estudiantes, a médicos e ingenieros, a obreros y empleados, a amas de casa y a dirigentes convencidos de que la cooperación engrandece más que la astucia individual. Cárdenas invirtió el mismo esfuerzo en todo lo que emprendió. Los gobiernos, afirmó, descansan “en la fuerza moral y social de las instituciones que representan”. Y ese principio ético se sintió...

El proyecto más generoso fue el de reforma agraria. De hecho, se relata con exactitud que el problema generado con las propiedades de tierras en manos de extranjeros —y al aplicar el artículo 27 constitucional— requirió más atención, compromiso político y empeño diplomático que el suscitado por las compañías extranjeras y la expropiación del petróleo. Y amarrado a la tenacidad agrarista, el pro-

blema centenario de la justicia estatal a la precariedad de las condiciones de vida de los indígenas —carentes “de los más elementales beneficios de la civilización”—.

Con el esfuerzo de miles de personas encabezadas por un hombre que buscó el equilibrio; pero la paradoja en la historia marcó su regla: a la larga, los hechos derrostrarían a las ideas, como expresaría Nicola Chiaromonte sobre el socialismo como la propuesta más generosa de los tiempos modernos. Y es que Cárdenas creyó —y con él una pléyade de los mejores espíritus e intelectos— en el socialismo como una salida políticamente razonable a la enorme desigualdad entre individuos y clases, entre etnias y el conjunto multicultural de la nación. Buscó ser justo, y también ajustar cuentas con la historia —esto es, ensayar “un gran desquite de la inteligencia sobre los hechos”— como escribió en esos mismos años de florecimiento cardenista el historiador Marc Bloch.

Las relaciones con el resto del orbe son tratados con claridad. Sobresale, por supuesto, la postura mexicana en favor de la República Española, la recepción de los exiliados de España y de los perseguidos políticos, el asilo a León Trotsky y su asesinato, el torpe trato del Ministerio de Relaciones Exteriores británico y su soberbia colonial que causó el retiro de los representantes de ambos países, en un acto que se presenta como un monumento a la estupidez y a la incompetencia del responsable inglés, la preocupación por el agresivo avance fascista y la floja reacción diplomática europea.

La actividad física e intelectual de Lázaro Cárdenas era entonces inmensa. Esforzado en sus tareas, organizado detrás del escritorio —se quejaría, en su momento, de la mala organización de algunos secretarios, como Saturnino Cedillo como ministro de Agricultura—, en sus pocos momentos de ocio se dedicó a labrar la estabilidad familiar. Explica el ingeniero Cárdenas cómo se adquirió una propiedad en la región de Tierra Caliente michoacana.

El saldo del deambular del presidente fue impresionante. Salvador Novo hizo el cálculo, asombroso aun para los usos de nuestros tiempos. “En resumidas cuentas —escribió Novo—, en los cinco años que van del 1° de diciembre de 1934 al 1° de diciembre de 1939 (1 825 días), el presidente Cárdenas ha estado ausente de la capital durante un año cuatro meses y cuatro días, o sean los 489 días con sus noches que ha empleado en recorrer 1 028 pueblos de todos los estados de la República, visitados así en total 125 veces. Y ha estado en la capital 1 358 días, o sean tres años ocho meses y un día”.¹

Curiosamente, la memoria del mismo general Cárdenas es parca en sus instrumentos recordatorios; baste acercarse a sus *Apuntes*, herramienta mnemotécnica que no tenía intenciones literarias ni historiográficas, pero que palidecen ante la realidad. Ni sus actos ni su gobierno fueron perfectos, por supuesto, como nada de mano de hombre

¹ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964, p. 474.

lo ha sido. Mario Vargas Llosa, desencantado de las utopías y a veces áspero en su escepticismo de cualquier bondad humana, escribió con razón que “no existe una solución para nuestros problemas, sino muchas y todas ellas precarias”.

10) La situación del mundo impidió que, al separarse de la Presidencia, Lázaro Cárdenas descansara antes de ocuparse en algo propio de su posición de militar en activo. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial, esa gran catástrofe a que empujó el fascismo y la diplomacia conquistadora de los países del Eje. Un año después de haber entregado el poder, se le buscó en Jiquilpan para encargarlo de tareas de Defensa Nacional. No sin problemas, pero con uno de ellos mayúsculo, sobre la intención del comando norteamericano de ingresar tropas armadas a México, asunto que hería al general tanto como a la soberanía nacional. Con todo, Cárdenas sería palanca de apoyo, elemento de cohesión en torno al Ejecutivo federal.

El capital político, el conocimiento de la topografía nacional y de la administración militar inclinaron al presidente Ávila Camacho a llamarlo para la cartera de Guerra. En su favor estuvo la promesa de no estorbar las decisiones presidenciales y su expediente de lealtad y pundonor. El relato de sus traslados y precauciones es tan puntual como debió ser la realidad: a pesar del peligro de invasión y de las amenazas de Alemania nazi y del Japón imperial, el vértigo habría descendido en la vida de un hombre que no llegaba aún a los 50 años.

11) La vida de un expresidente mexicano puede ser desesperante. La casi inactividad corta de tajo la ebullición de gestos de poder, actos cívicos, honores, decisiones, giras, apoyos. Una suerte de castigo antiguo —el ostracismo— forma un vacío a su alrededor. Es el regreso a ser el hombre común...

No para Cárdenas. Aunque decidido a no participar más en la política electoral, su idea de trabajar por México lo llevó, en más de una ocasión, a salir a la palestra pública y desmentir rumores, afirmaciones falsas y provocaciones mal intencionadas. Notable el relato del final del sexenio de Miguel Alemán, de los malos espíritus del reeleccionismo y de los no menos insidiosos de la incompetencia política de Henríquez Guzmán. Por aquel entonces, ya las tareas de la cuenca del Tepalcatepec y la Comisión del Balsas ocuparon sus días. Lo mismo en el periodo de su baja del ejército al cumplir 65 años, en la solidaridad con las luchas populares mexicanas y su internacionalismo. También el análisis político. No sobra la lectura de su largo “apunte” a propósito del sexagésimo aniversario de la Revolución —a conmemorarse un mes después de su muerte—: es, como bien se ha calificado, su testamento. Vida política y social, endeudamiento, educación, relación comercial con Estados Unidos, indigenismo, agrarismo, derechos y tolerancia fueron los tópicos. No pocos de ellos todavía de actualidad.

12) La fábrica humana es frágil. El mecanismo biológico regresa los átomos a su elemental estado —a “vestir el hábito vegetal” con que

rendimos cuentas finales, diría García Márquez—. La naturaleza de las cosas señala que el tiempo lucha en su contra. Es la naturaleza de las cosas: Stephen Gould advirtió “que por heroica que sea la batalla [...] los organismos no pueden triunfar. Ninguna especie es inmortal”. El 19 de octubre de 1970, Lázaro Cárdenas murió, a los 75 años.

La memoria, a partir de entonces, ha modelado recuerdos, juzgado acciones, descifrado el jeroglífico vital. Casi medio siglo después, la lectura de este libro permite reflexionar y ajustar. Queda el dibujo de Lázaro Cárdenas como un hombre justo, preocupado por el bienestar general como tarea republicana. Importante recuperar esta manera de ser, de acercar el carácter fuerte de Cárdenas ahora al enfrentar problemas y enemigos. Y es que, aunque las circunstancias y los contextos sean muy distintos, la pura lectura historicista —esa que afirma la singularidad del hecho histórico, único e irrepetible— lleva a convertir la historiografía en una pasión intelectual y no en una guía razonable del comportamiento humano en el pasado.

Es mejor no hacerlo así: Leonardo Sciascia advirtió sin ser escuchado, como profeta en su tierra, que el fascismo no es un asunto del pasado: la mala fe es una conducta reiterada, que con frecuencia tiene que volver a conjugarse en presente, que pasa por la sanción política de los poderosos y la complicidad social; es la relación entre política y delito, es la existencia actualizada del corazón de las tinieblas, del animal

depredador que asoma la cabeza en cualquier momento y lugar. Pensemos si no en los recientes contextos electorales estadounidenses que descubren la fuerza de un fantasma que la educación y la exigencia de tolerancia, que ejercitados por toda una generación parecían haber destruido; sin embargo, en su forma más cruda reapareció. La situación inevitablemente me hace recordar la conclusión del viejo historiador Enzo Collotti al final de su enorme obra sobre la Alemania nazi: las ideologías del odio anidan y crecen aun contra las advertencias de las mejores mentes. El espíritu de las leyes vuelve con demasiada atinencia a ensombrecerse ante el monstruoso surgimiento de la ley del más fuerte y de la falta de escrúpulos como sinónimo de astucia e inteligencia. Las ideologías del odio sólo pueden ser contrarrestadas con la revaloración de la entrega personal en favor del bien público, con la dedicación completa a la *res publica*.

De re publica, así tituló una de sus obras el romano Marco Tulio Cicerón que hemos convertido en clásica. Permítaseme terminar con una reflexión que deriva de un relato que aparece en ese texto, titulado “El sueño de Escipión”. Algún paralelismo tiene con el libro *Cárdenas por Cárdenas*: se trata del sueño que Escipión contó a su hijo Escipión Emiliano. Escipión por Escipión. Soñó con el espectro de su padre, el Africano, quien le mostró que el equilibrio del universo depende de las decisiones de los vivos en la Tierra. El espectro advirtió que la gloria verdadera no radica en la popularidad, en los

reconocimientos, aclamaciones ni premios, muchas veces entregados a intereses particulares mustios; son corruptibles. La gloria radica en la virtud como intención justiciera, en la intención de salvar y engrandecer a la patria, a los hombres y mujeres agrupados por el “vínculo del derecho”. Lázaro Cárdenas fue, como aconsejó Escipión, un hombre justo. Así lo muestra este largo relato biográfico de su hijo. Y al igual que Escipión el viejo, legó en su hijo y en su nieto la misión de ser justos para engrandecer la patria. De ello depende el equilibrio de nuestro mundo.

Sólo que Lázaro Cárdenas no soñó a México ni Cuauhtémoc Cárdenas soñó a su padre dictando su vida. Congruente entre lo dicho y lo hecho, el general Cárdenas tan sólo cumplió con su palabra. Y Cuauhtémoc Cárdenas puso en orden, para los lectores, la prolijidad de esa palabra. Cierro como empecé, con una idea de Octavio Paz, que al aplicarla al general y presidente me permite leer y disfrutar la lectura de este libro de historia de vida pasada con los ojos del presen-

te y con la esperanza de la justicia posible en el futuro. Escribió el poeta de un hombre admirado: “Sencillo y recto, estaba hecho, como se dice corrientemente, de ‘buena madera’. ¿Qué madera. pino, caoba, cedro, encino? La madera recia de los héroes simples de espíritu, la madera de Pedro el Apóstol”.

Los dos capítulos finales dan ruda cuenta de la paradoja de la historia: en la ecuación que procura alinear a las ideas con los hechos, estos últimos son implacables. Detrás de ellos hay otras ideas —como la del macartismo y sus derivados latinoamericanos— generadas por la coyuntura y no por el proceso interno. No resulta extremo afirmar que, en buena parte, la inquietud social de las décadas de 1940 y 1960 tenía en su raíz la falta de respeto a la ley precisamente por los encargados de hacerla cumplir. Desde el “rifle sanitario” a los presos políticos de los sexenios de López Mateos y Díaz Ordaz; de la indignante aceptación de esa ideología del odio del senador McCarthy a la falta de respeto a la propia palabra en la

entrevista de Lázaro Cárdenas con López Mateos. Dura lección que abre las puertas a la historia de la izquierda mexicana de la segunda mitad del siglo xx, y en la que el biógrafo Cárdenas es protagonista y testigo activo.

A pesar del tono de desencanto final por los desvíos de la obra constructiva de la Revolución a favor de intereses oscuros nacionales e internacionales, del desapego a la ley y de la práctica de gobiernos locales y el federal de desoír consejos, leer este libro nos procura la esperanza de que el esfuerzo político puede tener una causa mejor y más generosa: la de la justicia. Es posible, luego, redondear este ejercicio de acercamiento a la biografía de *Cárdenas por Cárdenas* con la reflexión con la que comencé. Nos daríamos cuenta de que de la íntima fuerza que este libro siembra en sus lectores sintetiza aquella frase de Lucano en traducción de Borges: “postulaba que un hombre puede tener razón contra el universo”. Y es que el tiempo pocas veces se equivoca...